

DEL RENACIMIENTO Y DE NEBRIJA

Por LUIS ARAUJO-COSTA

I

HOY está de moda, y con razones incontrovertibles, hablar mal del Renacimiento y oponer a las ideas y direcciones que del Renacimiento salieron la unidad salvadora de la Edad Media. Berdiaeff ha sido muy alabado por sus estudios sobre materia tan de relieve en el pensar actual, y no hay historiador, filósofo ni ensayista, ocupado en estos asuntos, que no exalte el siglo XIII como el período de unidad por excelencia, lo mismo en la filosofía que en la política y en la marcha de las sociedades hacia los destinos eternos de los hombres. La polémica famosa de *La ciencia española*, hace más de sesenta años, entre don Alejandro Pidal, de una parte, y don Marcelino Menéndez Pelayo de otra, defendiendo el primero los beneficios de orden espiritual que al mundo trajo el tomismo con su unidad enciclopédica, y entonando el segundo el panegírico del Renacimiento en lo que le correspondió de ejemplar para el gusto, para el arte y para la buena compostura y solidez de los saberes, cobra renovados bríos en estos años de exaltación del Imperio y de vuelta a nuestras tradiciones gloriosas. En la disputa terció con muy avinagrado gesto el dominico de Corias, en Asturias, fray Joaquín Fonseca, cuyo alegato en rigor nadie conoce como no sea por las referencias de don Marcelino. Quizá la mayoría de quienes ahora penetran el espíritu y las necesidades culturales de la España presente se inclinasen a Pidal y al padre Fonseca, guardando los mayores respetos el autor de los *Heterodoxos*, porque la Edad Media, en el

estricto sentido de esta denominación, significa unidad, y la palabra Renacimiento, en una de sus numerosas acepciones, quiere decir disgregación y justificación en sí mismos de los fines de las cosas, sin guardar armonía y dependencia los unos con los otros. Un efecto plástico de lo que fué el espíritu de la Edad Media está en las catedrales góticas, prodigios de unidad, donde todas las artes se supeditan al arte superior por excelencia, que es la arquitectura. En el Renacimiento, por el contrario, la pintura y la escultura viven por sí mismas, a pesar de que los grandes pintores de entonces eran también escultores y arquitectos. Por lo menos, del Renacimiento parte la disgregación en menesteres de la inteligencia y del alma, y fué posible, andando los siglos, hablar del arte por el arte y de una ciencia determinada sin fines y sin funciones que no estuvieran en ella misma. La disgregación en el orden religioso se llama la Reforma. Lutero, Zwinglio, Calvino y tantos otros disgregadores en materia que, por ser de Dios, necesita la más acabada unidad, no hicieron otra cosa que seguir la corriente y el impulso del Renacimiento. ¿No se ha dicho alguna vez que Erasmo luterizaba y que Lutero erasmizaba? ¿No hay en esta frase—injusta por lo que se refiere a Erasmo—como una clave de unión entre el Renacimiento y la Reforma? Hace falta fijar bien todas estas ideas para comprender y exaltar a Nebrija como al genial restaurador de los estudios de latinidad en España. Sin ello, o se cae en el extremo de una erudición fría y sin alma o se van acumulando frases y juicios sin una causa final suprema en la unidad superior del espíritu.

Las palabras y los conceptos andan por ahí un tanto confusos. Renacimiento expresa, en el sentido puramente literal y gramatical del vocablo, que vuelven a nacer maneras de vida, de entendimiento y sensibilidad, ya de muchos años olvidadas y, si no muertas, al menos con poco brío y sin vigor para imponerse a los hombres. Se ha llamado Renacimiento a los apogeos de la cultura o de la fortaleza en el mando po-

lítico que sigue a un período de decadencia, anarquía, debilidad, en los resortes del Poder. Así se habla del Renacimiento de Carlomagno, a fines del siglo VIII y principios del IX, y del Renacimiento filosófico del siglo XIII, cuando desde París se extendía el pensar a todas las regiones del mundo culto. En rigor, el Renacimiento político de Carlomagno y el escolástico de Santo Tomás, en el siglo XIII, difieren mucho del que así se denomina por antonomasia, y que es el italiano del siglo XV, coincidente con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 y con la expansión de las humanidades clásicas por todos los países. Al imperio de las letras sagradas se opone el estudio y la conciencia de las letras humanas. La ley de gracia o sobrenatural vuelve a verse, si no postergada, al menos invadida por la ley de razón o de simple naturaleza, y la consideración de que la vida mortal transcurre entre espinas en un valle de lágrimas, sin otro consuelo que la esperanza de una existencia mejor inacabable, se trueca en deleite espiritual de aquí abajo cuando se contempla en las bellas artes el ideal platónico de la eterna belleza, y se abren los ojos a la luz, y se recrea el ánimo con la lectura en sus lenguas respectivas de los clásicos latinos y griegos, que no conocieron, y muchos no sospecharon, a Cristo.

La palabra Renacimiento indica con frecuencia cosas antagónicas. Es achaque de semántica muy curioso. Surgen las antinomias y paradojas, y, de no fijar bien los términos, se origina muchas veces la confusión. Si la unidad del espíritu, con la armonía y la jerarquía de lo vario y de lo uno, corresponde a la Edad Media, y el Renacimiento es el que rompe esta armonía y todo lo impulsa disgregado y sin unión, componente heterogéneo de algo que no conocemos en su síntesis, en el vértice, en la cúspide de la pirámide, en el centro de la circunferencia, en el núcleo o protoplasma de la célula, ¿cómo puede coincidir la grandeza y el Imperio de España con los años centrales del Renacimiento, y cómo Nebrija, a quien hoy exaltamos por ser un factor de unidad y sabidu-

ría imperial en el reinado de los Reyes Católicos, aparece en su vida y en su obra a la manera de uno de tantos sabios italianos que iban extendiendo por Europa la cultura humanística? Los Reyes Católicos señalan el origen, y en mucha parte el punto central, de todo lo que en el día constituye nuestro orgullo de nación católica, civilizada y civilizadora. Sin embargo, al verificarse el matrimonio de Isabel y Fernando ha transcurrido ya la Edad Media; los turcos son dueños de Constantinopla; Italia vive de lleno en la actividad renaciente; Platón ha sucedido en la estima y en el culto de las escuelas de filosofía a su discípulo Aristóteles, que fué el rey de la Edad Media; el paganismo triunfa en el arte, en el pensamiento y en la vida; están muy lejos los años de la Etnarquía cristiana de Inocencio III, y Luis Vives, en correspondencia epistolar con Erasmo, se separa de Santo Tomás y de su escuela (sin dejar un instante de ser católico y ortodoxo), pues así lo exigen los nuevos métodos de ciencia, que aseguran la verdad conforme a la razón, olvidados los investigadores de los criterios de fe y autoridad.

No es difícil soltar la antinomia. Cuando aquí se habla de Edad Media no se indica por entero el período de mil años que separa la caída del Imperio romano de Occidente y la toma de Constantinopla por los turcos. Edad Media, por excelencia y en un sentido riguroso y estricto, significa la Etnarquía cristiana de Inocencio III, a que hace un segundo me referí; el reinado de la Escolástica de Santo Tomás en el París del siglo XIII; el magisterio de Aristóteles; la fortaleza espiritual y temporal del Papado; la organización feudal, por la que los Pontífices de Roma son soberanos y dispensadores de muchos derechos políticos. Es el reino del espíritu, manifestado en la religión, que al siglo se extiende y pone los poderes del tiempo en dependencia al poder eterno en la Iglesia de Cristo, viviente hasta la Parusia.

Pero tal estado de cosas dura muy poco. Felipe el Hermoso, de Francia, somete el Pontificado a su política perso-

nal. Los sucesores de San Pedro se trasladan desde Roma a la ciudad francesa de Aviñón. Para mayor calamidad, divide a los cristianos el cisma: la Iglesia de Cristo llega a tener al mismo tiempo por pretendidos jefes tres Papas, y sólo ya entrado el siglo xv, en 1418, el Concilio de Constanza, uno de los veinte ecuménicos, termina la espantosa catástrofe con la elección de Otto Colonna, que se llamó Martín V en la serie de los Pontífices. También Felipe el Hermoso inicia el cesarismo pagano, que hoy se da como uno de los caracteres del Renacimiento. Sus legistas dan origen, con lo que se llama el «espíritu de Nogaret», a todos los tópicos y sofismas, que se defienden en Derecho, con no despreciable trabazón lógica, para fundamentar intereses poco conciliables con la justicia. Recuérdese a tal propósito—apartándose mucho del tiempo, pero no del espíritu—la guerra de devolución que nos promovió Luis XIV en los años de nuestro Carlos II. El siglo xiv ya ha destrozado en lo político la Edad Media con los actos de Felipe el Hermoso; le ha dado muerte en la unidad de la filosofía el terminismo de Guillermo de Occam; tuvo fin en la jerarquía y majestad del Imperio con las ambiciones desatadas de unos y otros, que transforman la misma historia de España desde la muerte de Alfonso X el Sabio hasta vicisitudes luctuosas, y en algunos puntos ridículas, de los días enriqueños. Se trata, pues, de una Edad Media cronológica, que no es, por los caracteres y las líneas definidoras espirituales, la misma Edad Media conceptual que se opone al término Renacimiento. Pidal, en su polémica con Menéndez Pelayo, no defiende el cisma de Aviñón, ni las doctrinas de Guillermo de Occam, ni los desvaríos de la Escolástica decadente, ni el cesarismo de Felipe el Hermoso, ni las facciones de Burguiñones y Armagnacs en Francia, y la serie de intrigas y vicisitudes que llenan en nuestra Patria los tiempos de los Trastamaras y, antes de ellos, las luchas de Sancho IV con sus sobrinos los Infantes de la Cerda; el episodio de los Carvajales y el pretendido

emplazamiento de Fernando IV ; la minoridad de Alfonso XI y los incidentes que ha llevado Lope a la escena en *El primer Fajardo*; la misma contienda fratricida entre Pedro I y Enrique II que termina en los campos de Montiei, y que ha dado a la leyenda, a la novela, a la poesía y al teatro materiales abundantes y seguros. Los Reyes Católicos representan en España la reintegración de los valores dispersos. Nadie puede defender, ni ha defendido nunca, la Edad Media de la anarquía y del desorden ; la Galicia de los tres Pedros frente al poder unificador de los monarcas ; las tiranías de Fernán Gómez, el comendador de Fuenteovejuna, contrarias al acto de justicia y autoridad con que desenlaza la comedia y el episodio político y social la intervención de los soberanos. El Renacimiento disgrega la unidad de la Edad Media conceptual, de la Edad Media que resume como en cifra de oro la Etnarquía cristiana de Inocencio III, meta a que llegaron las actividades y la política sabia de San Gregorio VII en los finales del siglo XI ; la Escolástica de dominicos y franciscanos en las aulas de París ; el espíritu de las Cruzadas ; las normas de Imperio que lograron al comenzar el siglo XIII la victoria de las Navas de Tolosa, cuando Alfonso VIII realiza, para el mejor éxito de su empresa, una alianza con Alfonso IX de León, Alfonso II de Portugal, Pedro II de Aragón, llamado el Católico ; Sancho VI el Fuerte, de Navarra ; Felipe II Augusto de Francia, y Juan Sin Tierra, de Inglaterra.

Toda esta armonía, unidad y contribución a una misma idea civilizadora de fuerzas diferentes, se extingue en los distintos órdenes de la humana sapiencia y actividad al terminar el siglo XIII. En Francia termina con Carlos IV el Hermoso la dinastía de los Capetos, y se inicia con los Valois la serie de guerras civiles y disturbios de varia especie que alternan con la guerra de los Cien Años. Alemania, ya muy debilitada en su estructura imperial desde la querrela de las Investiduras y la disputa de Güelfos y Gibelinos, es escena-

rio y víctima en su cuerpo social de las fuerzas disociadoras desde que termina con Conrado IV la Casa de Suavia o de Hohenstauffen, y ve ocupado alternativamente su trono por las Casas de Habsburgo, de Luxemburgo y de Austria. Los Estados de la Iglesia, sometidos primero a los Reyes de Francia y después a la anarquía del Cisma, carecen de una mano firme que reúna en haz los rayos dispersos de no pocas inteligencias luminosas. Inglaterra, en lucha con Francia y dueña de una extensa parte de su territorio, ha de desembocar en la guerra de las dos Rosas, que ha dado asunto a las más terribles tragedias de Shakespeare. España—ya se ha visto—pierde en Castilla la unidad de Imperio y la fortaleza del principio de autoridad desde la muerte de Alfonso X. La corona de Aragón escapa en lo político a la general decadencia europea. El reinado de Jaime II, con la épica expedición de catalanes y aragoneses a Oriente, que narró Muntaner y luego, en nuestros siglos clásicos, Moncada, apenas cede en glorias y grandezas al de Jaime I y Pedro III, que inicia la política exterior o internacional de España. Pedro IV, rasgando con su puñal el Privilegio de la Unión (no sin herirse en un dedo), y vencedor en Epila y Mislata, parece adelantar en más de un siglo el afianzamiento del poder real, que es carácter esencialísimo del reinado de los Reyes Católicos.

Pero como la noche no dura eternamente, y a las sombras sucede la luz, y los períodos calamitosos de la Historia se ven reemplazados por otros de apogeo y de prosperidad material y espiritual, la obra de la Providencia en el plan divino de lo creado no permite que la civilización cristiana de Europa se extinguiere en aquellas calamidades generales del siglo XIV. El Imperio alemán resurge de nuevo pujante con Maximiliano y engrandece su territorio y su poderío con los Estados de Flandes y Borgoña. Francia se dispone a desempeñar papel principal en lo que desde entonces puede llamarse concierto europeo (aunque la expresión acuse anacronismo) con la herencia de Ana de Bretaña, esposa de dos reyes.



Inglaterra asegura su vida con la estabilidad de su trono. La Santa Sede, libre ya de cismas y de complicaciones, que amonaban y reducían casi a la nada su radio de acción civilizadora, descuella, a partir de Martín V, con una serie de Papas ilustres, favorecedores del movimiento de sabiduría y de los nuevos métodos de investigar, que desde Italia se extendían a todo el cogollo de Europa bajo los nombres de Humanismo, Clasicismo y Renacimiento. Las ciudades y repúblicas italianas contribuían al general esplendor: Florencia, con los Médicis; Génova, con el Banco de San Jorge; Venecia, en el hechizo y la incomparable poesía de sus canales, con la unión del Oriente y el Occidente, que fué de continuo esencia, carácter, naturaleza y definición de su paso por la historia. De manera que al mediar el siglo xv empieza a renacer en todas partes lo que se había perdido en los finales del xiii y comienzos del xiv. Ya es cosa de irse reconciliando con el espíritu y los modos del Renacimiento. Nace para el ánimo y el sentir de la hora presente la síntesis y la concordia de Pidal y Menéndez Pelayo. Los dos tuvieron razón desde su punto de vista respectivo. La Edad Media conceptual, el alma del siglo xiii en la Escolástica tomista y franciscana, como no pudo conservarse en lo político por Bonifacio VIII, ni en lo intelectual por doctores que igualasen a quienes dieron lustre años atrás a la Universidad de París, cayó en ruina y decadencia, y la Humanidad se levantó de su postración con un espíritu diferente, pero también espíritu de Imperio y unidad, manifestado, antes que en la filosofía y en el gobierno de los pueblos, en el arte franciscano, en la poesía de Petrarca y en el enciclopedismo de Boccaccio. El centro de la nueva cultura se traslada de París a Italia, y en vez de colocar la cabeza de todo el saber en la teología, la filosofía y las ciencias eclesiásticas, fundadas siempre en la Biblia, sucede que los eruditos se dan a las letras antiguas de Grecia y de Roma, y quienes se consagran a estudios de ciencia prefieren el método experimental, puesto en moda desde el

siglo XIII por el franciscano inglés Rogerio Bacon y desenvuelto, con todas sus consecuencias y en todos sus aspectos y formas de naturaleza racional, y aun racionalistas, en el XVI por el otro Bacon, llamado de Verulamio, canciller de Inglaterra, a quien alguno ha querido atribuir la paternidad de las obras de Shakespeare. No cabe desconocer el hecho histórico. De Italia llega entonces la luz a toda Europa. El viaje a Italia, el ambiente de Italia, la enseñanza de Italia, es el arranque de la ciencia de Nebrija, y allí encuentra los diferentes factores que concretan, sintetizan y dan unidad a su obra.

II

El amor y el culto de las letras antiguas no se pierde por entero en la Edad Media y menos todavía en la península italiana. Las *Bodas de Mercurio* y *La Filología*, de Marciano Capella, conservaron a través de los tiempos las normas del saber antiguo en materia de gramática, y aquellas *Instituciones gramaticales* en dieciséis libros que tenían por autor a Prisciano y que el Emperador Teodosio «el Joven» copió de su mano letra a letra, contribuyeron mucho, con el recuerdo y la tradición de Donato, el maestro de San Jerónimo, a salvar el latín de la barbarie y a dar fundamento y molde a los nuevos idiomas que iban desprendiéndose del latín.

Puede decirse que Petrarca es el padre del Renacimiento italiano. Son los tiempos de los Papas de Aviñón. En Valclusa se teje el soneto amoroso y platónico a Laura, dechado de hermosura que robustece la lengua popular. Pero su autor, Petrarca, entiende mucho de formas latinas, conoce a la perfección la lengua de Marco Tulio y de Virgilio y aprovecha su enorme cultura, que ya puede llamarse humanística, para llevar a todas partes el entusiasmo de la antigüedad que él poseía. Le ayudan en su empresa Boccaccio y Colluccio Salutato. Todos conocen al autor del *Decameron*, cuyos cuentos, muy a

menudo licenciosos, se han impuesto a las literaturas de todas las naciones europeas y han revivido por sus tendencias y asuntos en el *Hectameron*, de Margarita de Navarra, la hermana de Francisco I y en los *Cuentos de Cantorbery*, de Chaucer. Boccaccio es, al mismo tiempo, un erudito. Dígalo su *Genealogía de los dioses*. Dedicó su actividad sapiente a introducir en Italia los libros en lengua griega que de allí habían desaparecido a partir de las irrupciones bárbaras. El devuelve a su patria un «Homero» en su idioma vernáculo y no pierde ocasión de mover a todos al estudio de las lenguas clásicas y a desentrañar y depurar los textos que a sus manos llegasen. Boccaccio fué un experto coleccionista de códices. Los compraba con su propio peculio, o los copiaba de su puño y letra cuando el poseedor se negaba a venderlos.

Colluccio Salutato fué Secretario del Papa Urbano V (1362-1370) y después Canciller de la República de Florencia. Se dedicaba a descubrir, compulsar, depurar y poner al alcance de todos, manuscritos raros. Un historiador, su contemporáneo, Felipe Millani, le compara con Cicerón y Virgilio. Hay en el elogio evidente exageración; pero de todas maneras Colluccio Salutato no fué, ni con mucho, un copista vulgar, como la mayoría de los de su tiempo. Las correcciones que él introduce en las formas viciosas se han considerado como definitivas.

Un discípulo de Petrarca llamado Juan de Rávena, a quien se designa también con los nombres de Malpaghino, Conversano y Convertino, tiene cátedra en su ciudad natal y en ella siguen sus lecciones Leonardo Bruni d'Arezzo. Pablo Sforza, Roberto Rossi, Pedro Pablo Vergerio, Ogni Bene de Vienza, Guarino Guarini de Verona, Carlo Aretino, Ambrosio Traversari, Poggio Braccionili, Francisco Barbaro, Francisco Filelfo y algunos otros de menos importancia.

La labor de todos estos sabios se limita a estudiar y depurar los manuscritos antiguos que van apareciendo con obras de poetas y prosistas de la clásica antigüedad. Son eruditos,

pero no creadores. No es otro el ambiente en que se forma Nebrija. El amor del griego domina a la sazón los ánimos. Un embajador de Manuel II, Paleologo (1391-1399), Manuel Chrysolaris, enseñó en Florencia la lengua de Homero y Jenofonte y para aprenderla con mayor perfección pasaron a Constantinopla Guarino y Filadelfo. Domina a la sociedad culta de entonces una verdadera pasión de viejos manuscritos. El afán de Petrarca daba sazonados y abundantes frutos. Juan Aurispa en una carta que dirige a Ambrosio Traversari le dice con orgullo que ha traído de Bizancio, antes de que cayera bajo el poder de la Media Luna, doscientos treinta códices, entre ellos una *Historia*, de Procopio; una de Jenofonte entera, los poemas de Píndaro y Calímaco, los atribuidos a Orfeo, los *Comentarios a la Iliada*, de Aristarco; las obras completas de Platón, de Proclo, de Plotino, de Luciano, la *Relación de las expediciones de Alejandro Magno*, las *Historias* respectivas de Dion Casio y Diódoro Sículo, la *Geografía*, de Estrabón. Guarino de Verona al venir de Constantinopla a Italia, con grandes cajas llenas de manuscritos, vió en peligro su vida a causa de una furiosa tempestad, y como hubo que arrojar lastre a las olas sin que pudiera salvarse el tesoro de Guarino éste tomó tal pasión de ánimo que en el espacio de una sola noche se le tornaron blancos los cabellos. El Poggio, que supo redactar en muy elegante latín por orden de los Papas los documentos pontificios, se dedicó a recorrer Europa en busca de viejos códices. En el Monasterio de San Gall, en Suiza, encontró un ejemplar completo de Quintiliano, y con textos íntegros o fragmentarios encontrados aquí y allá dió a la avidez erudita de sus contemporáneos los dos primeros Libros y la mitad del cuarto de la *Argonáutica*, de Valerio Flaco; los *Comentarios*, de Asconio Pediano; ochocientas oraciones de Cicerón; el *De Officio hominis*, de Lactancio; la *Arquitectura*, de Vitruvio; la *Gramática*, de Prisciano; las *Bucólicas*, de Calpurnio; un libro de Petronio, todo lo que se conoce de Aniano Marcelino y fragmentos de Marcelo, Columela y Tertuliano. Otro

humanista, Leonardo Bruni de Arezzo, conocido por Leonardo Aretino, se acerca mucho al Poggio en méritos y en labor. Nicolo Nicoli deja al morir a Cosme de Médicis su magnífica biblioteca; Ciriaco de Ancona pretende reducir a sistema toda la civilización clásica; Biondo Flavio es un historiador de la Roma antigua en idéntica dimensión y altura que Mommsem en el siglo XIX...

A los investigadores de materia literaria se unen los filósofos; los que oponen a las doctrinas aristotélicas las platónicas; los que rinden culto al maestro de la primera Academia, como aquel Marcilio Ficino que enciende una lámpara ante su efigie; los que se entregan a la teurgia y a ciertas maneras de ocultismo; los que se atreven a reemplazar la concepción teocéntrica del medioevo por un naturalismo acaso lleno de sol y de bellas flores, pero en el que Dios no se ofrece nunca a nuestra esperanza y a nuestro deseo, como en el trágico cuento de Juan Pablo.

Habría de citar a Policiano y a Pico de la Mirandola. No hace falta seguir una relación que sólo viene en estas páginas a cuento para mejor comprender a Nebrija, porque es el caso que los italianos vinieron a España y los españoles pasaron a Italia en una magnífica corriente de cultura sin la cual el Renacimiento no fuera lo que es. Han estudiado el asunto en sus normas generales Benedetto Croce, Felipe Picatoste, Juan Luis Estelrich. En 1486 viene a España, traído por el Almirante de Castilla don Fadrique Enríquez, Lucio Marineo Sículo, que profesó durante doce años en la Universidad de Salamanca. Pedro Mártir de Anghiera o Anglería y los dos hermanos Giraldinos, Alejandro y Julio, son los nombres principales de los sabios italianos establecidos en nuestro suelo. De los españoles que fueron allá cabe mencionar a Juan de Padilla, al cronista Alonso de Palencia, a uno de los padres de nuestra dramática, Juan del Encina, y al mismo Antonio de Nebrija que permaneció allí diez años. La contrapartida, es decir, la influencia española en Italia, comienza en los tiempos de Al-

fonso V de Aragón. Allí la favorecen los dos Pontífices Borja, tío y sobrino, Calixto III y Alejandro VI, reivindicado este último una vez más en el libro del embajador de Cuba don Orestes Ferrara. En Italia se aprende el español en justa correspondencia de estudiarse aquí el italiano. No han de tardar las formas poéticas de Italia en adaptarse como a su esencia misma a nuestro idioma. Boscán y Garcilaso traen a España el endecasílabo yámbico para sustituirlo al octosílabo trocaico que había sido hasta entonces la manera tradicional de la métrica castellana.

Todos estos hechos determinan la corriente del Renacimiento de la que es Nebrija figura gigante en el orden de la general cultura, al lado de Juan Luis Vives que fué designado para sucederle en la Cátedra de Alcalá. Entre Antonio de Nebrija y Vives hay cincuenta años de diferencia en lo que hace a la edad. El celeberrimo autor de la *Gramática latina* nació en 1441 y el filósofo amigo de Erasmo, en 1492. La unidad de toda esta cultura renaciente italo-española e hispano-italica toma cuerpo, centro y carácter en Nebrija, que no fué por facultad maestra creador en el sentido de la palabra para los menesteres de la literatura y el arte, sino erudito y sabio que disponía desde un punto de vista de razón y sistema los materiales necesarios a un trabajo de depuración y análisis ante códices muchas veces corrompidos y adulterados, con cortes e interpolaciones, hijos, ya de la ignorancia, ya de la mala intención.

III

Elio Antonio de Nebrija es un hombre latinizado. Los apellidos verdaderos del inmortal humanista español, con que habría de designarse por los cuatro costados son : Cala, Jaraba, Ojo e Hinojosa. Porque nació en el lugar sevillano de Lebrija quiso llamarse con el vocable latino de su pueblo natal adap-

tado a desinenca castellana e indistintamente se le denomina en libros, papeles y documentos: Nebrija y Lebrija. Estudió en Salamanca y allí siguió las lecciones de Apolonio, en Matemática; de Pascual de Aranda en Filosofía natural; de Pedro de Osma, en Etica. Como a los artistas de siglos posteriores, no podía faltar en la existencia de Nebrija el viaje a Italia. Tenía diecinueve años. Dos lustros permaneció en tierra italiana. Fué allí colegial de San Clemente de Bolonia y discípulo de Marcio Galeoto, uno de los hombres más obesos de que hay noticia en la historia, varón muy versado en lenguas sabias, en retórica y en el conocimiento de los autores paganos y de las Sagradas Escrituras también. En Bolonia aprendió Elio Antonio de Nebrija, Teología, Medicina y Derecho y conoció a la perfección el latín, el griego y el hebreo. Vuelto a España, para honra y prez de la Universidad española y de la sociedad que aquí se agrupaba en torno a los Católicos Reyes Isabel y Fernando, Nebrija pasó tres años en el servicio del Arzobispo hispalense don Alonso de Fonseca y luego enseñó en Salamanca Gramática y Retórica. En la ciudad del Tormes, sede de sus funciones docentes, casó con doña Isabel de Solís de la que tuvo seis hijos varones y una hembra. El Cardenal Cisneros le encargó en 1502 la revisión de los textos latino y griego de la *Poliglota Complutense* y años después, en 1513, cuando ya era cronista real desde 1509, le llevó a Alcalá para que allí enseñase y allí murió en 1522, a los ochenta y uno de su edad.

No hay autor que tratando de Nebrija no copie para designar su carácter aquella expresión suya: «Yo fuí el primero que abrí tienda de lengua latina en España y todo lo que en ella se sabe de latín se ha de referir a mí». Hombre del Renacimiento, como Vives, Nebrija prefiere en el estudio de la Gramática el criterio de razón y experiencia y no el de simple autoridad. Eso aprendió en Italia de Lorenzo Valla y por ese camino marchan sus *Introductiones latinae* que salieron en Salamanca en 1481. La obra consta de cinco libros. La Mor-

fología y la Prosodia van calcadas sobre un manual del siglo XIII, obra de Alejandro de Villedieu, y en la Sintaxis sigue al canónigo italiano Perotti. El mismo Nebrija tradujo al castellano sus *Introducciones* en un incunabile salmantino que bien pudiera fecharse, al decir de los entendidos, en 1486. El *Arte de Nebrija* no salió de la pluma del inmortal polígrafo renaciente. Se trata de una gramática que compuso al comenzar el siglo XVII el jesuita Juan Luis de la Cerda, acaso el principal escoliasta de Virgilio y sabio que lleva su nombre inseparable al del autor de la *Eneida*. Pero no hay en tal episodio la menor sombra de falsificación en el estilo de Román de la Higuera y de los muchos autores de pocos escrúpulos que contribuyeron a difundir en España los *Falsos cronicones*. El Padre La Cerda puso el nombre de Nebrija a su *Gramática* para que el Hospital General de Madrid siguiera percibiendo los derechos de venta del texto antiguo sin necesidad de nuevo privilegio. La *Gramática Castellana* de Nebrija es de 1492; las *Reglas de Ortografía Castellana*, de 1517; el *Diccionario Latino-español* salió de molde en Salamanca el mismo año de la *Gramática Castellana*, la conquista de Granada, el descubrimiento de América y la expulsión de los judíos, 1492; el *Diccionario español-latino* se publicó tres años después, en 1495.

Hoy no es posible tratar en serio de Nebrija sin tener muy a la mano y muy leído el volumen que, en 1942, ha dedicado a su persona y a su labor de polígrafo el sabio Jesuita, nuestro contemporáneo, Padre Félix G. Olmedo, que ya en años anteriores trajo una fecha inolvidable a la historia y al campo de nuestra investigación literaria con sus *Fuentes de «La vida es sueño»*. El *Nebrija*, publicado en Madrid por la Editora Nacional, es hasta el presente un libro definitivo sobre el tema que trata y aunque el autor modestamente dice que no se ha propuesto escribir la vida del nebrijense, ni analizar todas sus obras, es lo cierto que en sus páginas hallamos satisfacción cumplida a cuantos puntos y dudas pueda sugerir: la existen-

cia, el espíritu, la actividad en el entendimiento y en las letras, la aportación de unidad de Nebrija. La Introducción, tan sucinta como sustanciosa, nos da una bibliografía razonada y completa de lo que han sido hasta el presente las biografías del inmortal gramático. Luego, en forma clara, precisa, pedagógica, con admirable sentido y buena crítica, el Padre Olmedo relata la vida de su biografiado sin dejar cabo suelto como producto de un aparato documental conseguido con los métodos más modernos y rigurosos. El Padre Olmedo da mucho más de lo que promete en los epígrafes y las 70 páginas en cuarto de la vida de Nebrija forman un cuadro animado y completo de la sociedad española en los años de los Reyes Católicos, de doña Juana y don Felipe, de las dos Regencias de Cisneros, de las otras dos de don Fernando y del comienzo de Carlos V, al que pudo todavía alcanzar dos años en el trono de sus mayores. La segunda parte que dedica el P. Olmedo a la actividad literaria de Nebrija se compone de cuatro apartados y va de la página 71 a la 242. Trata el insigne jesuita de Nebrija delbelador de la barbarie, comentador eclesiástico, pedagogo y poeta. Cierra el libro una conclusión o recapitulación de lo mucho que en él se dice y se enseña y se acaba de comprender el intento del autor al dar a conocer a Nebrija, que suele estar entre sombras, desconocido de los más y sin que muchos sepan, como dice el P. Olmedo, por qué su efigie acompaña en la puerta de la Biblioteca Nacional a las de Vives, Lope y Cervantes, y por qué su nombre figura entre los primeros en el salón de lectura. El libro del P. Olmedo es una contribución valiosísima al estudio del Renacimiento español, junto al *Vives*, de Bonilla; el *Fox Morcillo*, de Pedro Urbano González de la Calle; el *Fray Luis de León*, de Aubrey Bell, y el tomo de notas, réplicas y aclaraciones que al libro de Bell consagró el agustino P. Vélez, asesinado por los rojos.

En torno a la figura de Nebrija vemos agitarse en las luminosas páginas del P. Olmedo a toda la España sabia de

fines del siglo xv y principios del xvi, con sus luchas, sus intrigas, sus heroísmos, sus virtudes, su ingenio, su afán de saber... Y es asomarnos a un aspecto de la España que fué en forma tan amena, docente y divertida, que la lectura se convierte, durante todo el transcurso de la lección, en un juego semejante a los que ideaban los jesuítas para enseñar el latín, ya con representaciones escénicas, ya sacudiendo el ánimo en el interés de una disputa científica. Hasta tiene el acierto el erudito y ameno biógrafo y crítico de elegir aquellos pasajes de Nebrija que más ilustran y entretienen para dar con ellos lección y gusto, como la comunicación al Rey Católico cuando éste le nombra cronista regio, sobre la manera de escribir la Historia, y en particular la de España. El alma toda de Nebrija se vierte en el escrito. Saboreamos esta página, de elegante y atractiva erudición clásica, al modo de un artículo de periódico que nos entretuviera y llevase a la mente contento y equilibrio. La carta va fechada en los Idus de abril (día 13) del 1509. La forma castellana que da el P. Olmedo diríase un modelo del mejor tiempo clásico en la misma fuente y vena, aprovechada mucho después, en la segunda mitad del siglo xix, por don Juan Valera, que es, entre los modernos, el más puro y deleitoso de los clásicos. Con natural modestia le dice Nebrija a Fernando *el Católico*, después de haberle entretenido sobre la elección de Cherilo por Alejandro Magno para cantor de sus hazañas, cómo Apeles era el único que podía pintar su retrato, Licipo llevar su efigie al bronce y Pírgoteles grabar su fisonomía en las gemas de los anillos: «Yo no soy, ciertamente, de primera clase; pero puedo considerarme como de segunda; y si no puedo emular con mi estilo la grandeza de los hechos, supliré con estudio y diligencia lo que me falta. Yo no aprendí las letras latinas en el Lacio, ni siquiera en Sarmacia; pero las aprendí en Andalucía que, según Estrabón, fué la primera región de España que se apropió los ritos y la lengua de los romanos. Yo no aprendí en Roma la lengua romana, ni siquiera en

«Sicilia, pero la aprendí en Bolonia, alma máter de todas las artes. Ni estamos tan alejados de las fuentes de las musas que no podamos considerarnos como corrivales de Columela, de Canio, de Sílio, de Hena, de los dos Sénecas, del único Lucano y de los demás poetas cordobeses, aunque Cicerón diga de ellos que tienen una manera de hablar algo extraña y un acento poco delicado.»

La labor de Nebrija consistió precisamente en dar acento delicado a quienes en su época tenían por obligación conocer y hablar el latín para el buen desempeño de sus actividades en el campo de la enseñanza y de la cultura. Por eso el primer capítulo del P. Olmedo, después de los datos biográficos, se consagra a estudiar a Nebrija como debelador de la barbarie. Más todavía que en el siglo x, habíase extendido la barbarie por los ámbitos de Europa, sin excluir a España, durante aquellos años que terminan la unidad de los imperios y, con ella, el apogeo de la filosofía escolástica y los brillos del segundo Renacimiento parisiense, del siglo XIII, de Santo Tomás. Nebrija, al par de Cisneros y de la Reina Católica, unida en el alma y en la obra a su marido, Don Fernando, viene a representar, dentro de la cultura, lo que fué el Concilio de Constanza para la historia de la Iglesia y la unidad católica de la cristiandad. Han de ser necesarios aún el Concilio de Trento, La Compañía de Jesús, La Contrarreforma; pero los cimientos están ya echados. La lucha contra la ignorancia y la barbarie, que es una de las características del Renacimiento, tiene en España solar eminente con el impulso dado al espíritu por Fernando e Isabel. Entre sus auxiliares vemos a Cisneros, y también a Nebrija, y también a Juan Luis Vives, que establece el intercambio cultural, según ahora decimos, con los países nórdicos del Occidente de Europa, de igual modo que años antes Nebrija lo ha establecido con Italia, o, por lo menos, ha sido uno de sus más señalados artífices.

Nebrija es un polígrafo. Sabe a la perfección el latín y el griego. Pero también es teólogo, escriturario, filósofo, ju-

rista, médico, poeta en lengua latina... Conoce las Pandectas y el Decreto de Graciano, la labor de los glosadores, la escuela de Bolonia (donde ha sido escolar), los libros de Cornelio Celso y el segundo Plinio... ¿Por qué a todo antepone la gramática? Viene al recuerdo otra figura gigante española, anterior en ocho siglos: la de San Isidoro Hispalense. La magna enciclopedia isidoriana del siglo VII se intitula las *Etimologías*. Como Isidoro, Nebrija parte de la palabra y de su articulación en la frase, en la cláusula, en el período y en el discurso, para luego extenderse a horizontes más elevados del entendimiento. La gramática es la primera de las ciencias en todo plan de enseñanza. El *trivium* comienza por ella, y sin sus principios, sus razonamientos, sus observaciones y sus figuras, la retórica se vería estrecha en su base. Es lo primero que, con la doctrina cristiana, se le enseña al niño.

El P. Olmedo, con los escritos de Nebrija en la mano, nos instruye y nos deleita sobre las razones de haber preferido el glorioso polígrafo la gramática, con ser la más humilde de las ciencias que poseía. Hay aquí uno de los que pudieran llamarse espíritus del Renacimiento: el problema de la forma bella. Vuelve a preocupar a los escritores el *propter elegantiam sermonis*, y Nebrija quiere que en España posea un fundamento sólido tan noble anhelo.

Un estudio comparativo entre Nebrija y Vives nos daría, en este punto, mucha luz. La filosofía y la teología habían quedado perfectas en la obra de Santo Tomás. Las diferencias entre las doctrinas del Aquinate y las de Dunsio Escoto son tan sólo materia opinable. En lo fundamental de la fe católica y en el conjunto de las Escrituras no puede haber ni hubo jamás disputa entre tomistas y escotistas. Santo Tomás ha vencido a Averroes. El suceso ha sido llevado al arte de la pintura por Bennozzo Gozzoli, por Traini, por Rafael en *La escuela de Atenas*. Toda la filosofía medioeval no escolástica, representada en el siglo XIII por Siger de Brabante, se pliega a los argumentos de razón esgrimidos por

el Doctor Angélico, aunque en las vicisitudes históricas de la filosofía, como ciencia, el averroísmo contribuye, en no pequeña dosis, a esa decadencia general del xiv y primera mitad del xv, antes reseñada. La vuelta a la unidad en las disciplinas filosóficas tiene que ser, y es para lo fundamental, un retorno al tomismo o, si se quiere emplear un término más amplio, a la Escolástica. Recuérdense las dos escuelas teológicas de Salamanca y de Coimbra. El Renacimiento se incorpora aquí el espíritu de la Edad Media, y, por cima de muchos desastres, el siglo xvi y el siglo xiii se dan la mano. La luz de París ha pasado a la Península Ibérica, sin que, por las mismas fechas a que alcanza la existencia de Nebrija, deje Italia de alumbrarse con dos soles espléndidos: el Cardenal Cayetano y Silvestre de Ferrara. Luis Vives no es un escolástico, en el rigor estricto de la expresión, pero sí un católico ferviente, un filósofo cristiano, un seguidor de la mente tomista. Sólo se separa del maestro en tres puntos: en cuanto rechaza la teoría del entendimiento agente, al confundir la memoria sensitiva con la intelectual y al adoptar la tesis platónica sobre la unión del alma con el cuerpo, no como forma substancial, sino como un agente con su instrumento. Vives combatió la Escolástica decadente y procuró evitar en todo la preponderancia de la autoridad sobre la razón. En lo que hace al método experimental, él es el puente entre Rogelio Bacon y Bacon de Verulamio, con una personalidad tan acusada y gigante, que sobrepasa al Canciller inglés en sus disquisiciones sobre la experiencia y las leyes de la inducción, y raya por encima de Descartes en el *Tratado de las pasiones*. La vuelta a la unidad, que caracteriza en todas partes, y también en la historia interna de los saberes, los finales del siglo xv, significa para Vives, para Fox Morcillo y para el divino Francisco Vallés un renacimiento de la filosofía cristiana y perenne, una reincorporación al siglo xiii.

La vida de Nebrija coincide, asimismo, en los años con

la de Francisco de Vitoria, que crea en Salamanca el Derecho internacional sobre el armazón robusto del tomismo. La obra de los Reyes Católicos en lo político y en lo social; la labor de los sabios que, en la filosofía y en las ciencias de la Naturaleza, retornan a la unidad metafísica de los seres y de los objetos y a la unidad de la razón. son renacimientos de renacimientos. Isabel y Fernando vienen a dar a España y al mundo los mismos principios salvadores de Carlomagno a fines del siglo VIII y principios del IX. Consideremos, eso sí, la diferencia de tiempos, de climas, de regiones geográficas, de circunstancias históricas. En el segundo respecto, Coimbra y Salamanca son un reflejo y una continuación del París centralizador de San Alberto Magno y de su discípulo Santo Tomás: renacimientos de otros dos renacimientos anteriores en los mil años de la Edad Media. Nebrija, por el contrario, representa un Renacimiento sin doble refracción. Es que el problema de la forma bella no se había suscitado desde que terminó la edad de oro del siglo de Augusto. Al Medioevo, salvo excepciones muy laudables, no llega casi nunca el problema de la forma bella. Petrarca le da significación consciente para su siglo en Valclusa, y desde entonces perfuman sus auras a todos los rebuscadores de viejos códices conteniendo joyas de inmortal belleza. Pero aunque la hermosura atañe a la sensibilidad y al gusto, la estética, en las dos acepciones de la palabra, y mucho antes de nacer, como ciencia, al conjuro de Baumgarten, quiso asegurar su vida en los dominios de la razón, de la luz intelectual, de las facultades representativas y de relación entre el sujeto y el mundo exterior, entre el intelecto y la propia alma. No bastaba la retórica, ciencia del gusto; el sentimiento y el deleite. Era menester la gramática, ciencia de la unidad de razón en el análisis y combinaciones diversas de las palabras.

Nebrija fué, debido a todas estas circunstancias, un hombre de su época y el renaciente español más completo de cuantos aquí dieron brillo y autoridad al renacer de las

artes y de las letras. Lo fué como debedor de la barbarie, que al campo del latín y de la general instrucción habían traído las disgregaciones de varia índole, comenzadas al terminar el siglo XIII. Lo fué, por su condición de polígrafo, con la facultad maestra, adrede perseguida y lograda, de la gramática. Lo fué por haber dotado a los españoles de los instrumentos y los métodos necesarios para el dominio de las lenguas latina y castellana en los menesteres supremos de la cultura. Lo fué como cifra y símbolo del pensar y del sentir de Italia, adonde le llevó en sus años mozos el afán de saber. Lo fué como espíritu muy sabedor de lo que por entonces la sociedad y la enseñanza habían menester, y de aquí sus relaciones con otro genio reformador, igual al suyo : Cisneros. Lo fué en su cualidad de poeta y de sabio, como los más renombrados de aquel tiempo. Lo fué por la universalidad de su cultura y erudición, en el sentido noble y renaciente del vocablo, que significa lo que ha perdido su rudeza y se distingue por lo fino, armónico, exquisito, depurado...

España ha de seguir de cerca a Nebrija en su obra de afirmación patria, al entendimiento, al saber, al gusto y a la enseñanza relativa.

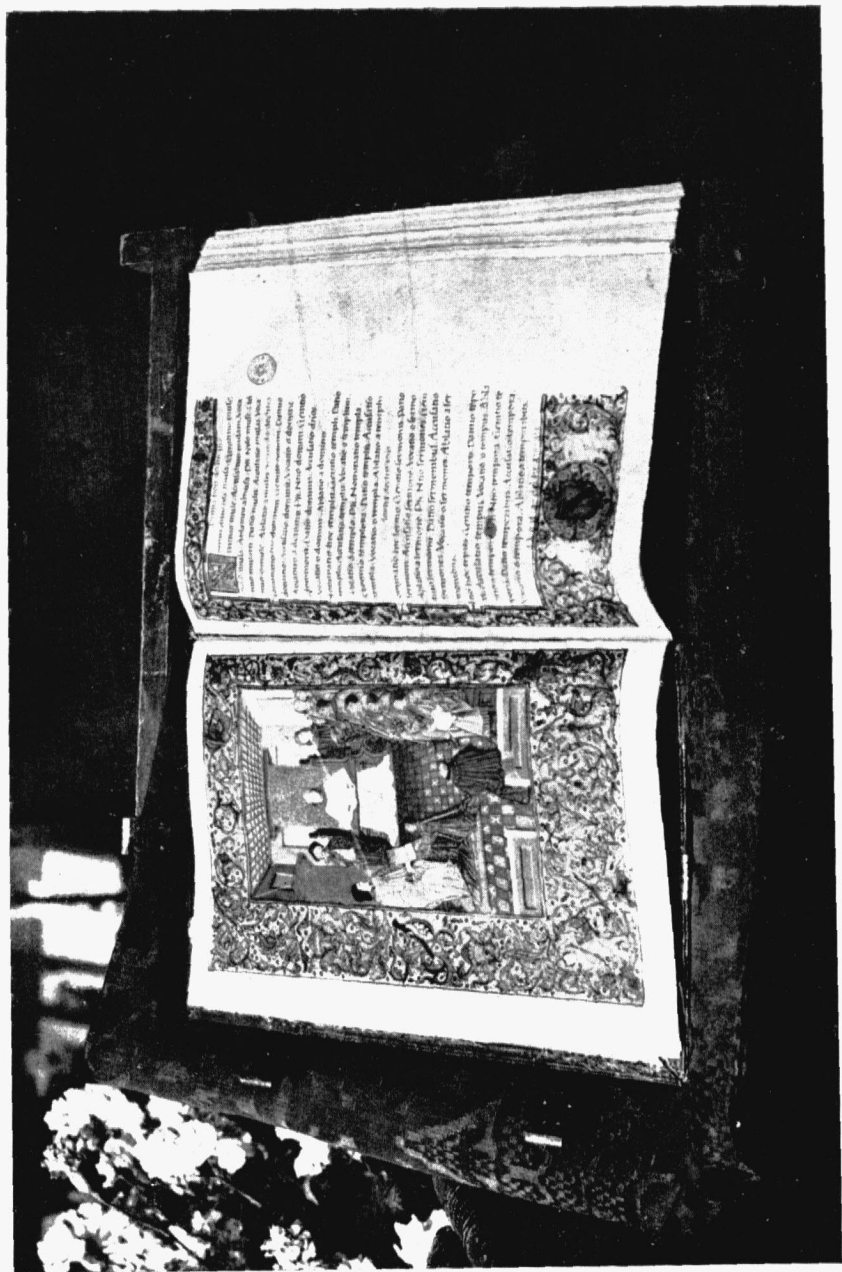


Lámina de un Códice antiguo, que representa al Maestro Nebrija explicando Gramática en casa de D. Francisc. de Zúñiga.

